

## **HOMILÍA SOBRE LA FE VERDADERA Y VIVA**

Catálogo de Títulos Cortos 13675. Textos electrónicos del Renacimiento 1.1.  
copyright 1994 Ian Lancashire (ed.) Universidad de Toronto

### **UNA BREVE DECLARACIÓN DE LA VERDADERA, VIVA Y CRISTIANA FE.**

La fe. La primera venida a Dios (buen pueblo cristiano) es a través de la Fe, por la cual (como se declara en el último Sermón) somos Justificados ante Dios. Y para que nadie se engañe, por falta de comprensión de la misma, hay que tener en cuenta que la Fe se toma en la Escritura de dos maneras.

Una fe muerta. Hay una fe, que en la Escritura se llama una fe muerta, que no produce ninguna obra buena, sino que es ociosa, estéril y sin fruto. Y esta fe, por el santo Apóstol Santiago, es comparada con la fe de los Demonios, que creen que DIOS es verdadero y justo, y tiemblan de miedo, pero no hacen nada bueno, sino todo mal (Santiago 2.17, 19). Y tal manera de actuar tiene el pueblo cristiano malvado y perverso, que confiesa a DIOS (como dice San Pablo) en su boca, pero lo niega en sus hechos, siendo abominable, y sin la fe correcta, y reprobable para todas las buenas obras (Tito 1.16). Y esta fe es una persuasión y un convencimiento en el corazón del hombre, por el cual sabe que hay un Dios, y está de acuerdo con toda la verdad de la santísima palabra de Dios, contenida en la Sagrada Escritura. De modo que sólo consiste en creer en la palabra de Dios, que es verdadera. Y esto no se llama propiamente fe. Pero, así como el que lee los Comentarios de César, creyendo que son verdaderos, tiene un conocimiento de la vida y de los hechos notables de César, porque cree en la historia de César, no se puede decir que crea en César, de quien no busca ayuda ni beneficio. Por lo tanto, el que cree que todo lo que se dice de Dios en la Biblia es verdad, y sin embargo se siente tan autosuficiente, que no puede buscar para disfrutar de las promesas y beneficios de Dios: aunque puede decirse que tal hombre tiene fe y confianza en las palabras de Dios, no se dice propiamente que crea en Dios, o que tenga tal fe y confianza en Dios, por lo que puede esperar con seguridad la gracia, la misericordia y la vida eterna de la mano de Dios, sino más bien la indignación y el castigo, según los méritos de su mala vida. Porque como está escrito en un libro, titulado de Didymus Alexandrinus, Ya que la fe sin obras es muerta, no es ahora la fe, como un hombre muerto, no es un hombre.

Una fe viva. Por lo tanto, esta fe muerta no es la fe segura y sustancial que salva a los pecadores. Hay otra fe en la Escritura, que no es (como la fe anterior) ociosa, infructífera y muerta, sino que obra por la caridad (como declara San Pablo, Gálatas 5.6). Y esto no es sólo la confianza común de los artículos de nuestra fe, sino también una verdadera confianza en la misericordia de Dios a través de nuestro Señor Jesucristo, y una esperanza firme de todas las cosas buenas que se recibirán de la mano de Dios: y que aunque nosotros, a través de la enfermedad o la tentación de nuestro espíritu inmaterial, nos alejemos de él por el pecado, sin embargo, si volvemos a él por el verdadero arrepentimiento, él perdonará y olvidará nuestras ofensas por su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, y que nos hará herederos con él de su Reino eterno, y que en el transcurso del tiempo hasta que ese reino venga,

Él será nuestro protector y defensor en todos los peligros y riesgos, lo que sea que ocurra: y que, aunque a veces nos envíe a la adversidad, seguirá siendo un Padre amable para nosotros, corrigiéndonos por nuestros pecados, pero sin retirarnos finalmente su misericordia, si confiamos en él y nos encomendamos enteramente a él, nos aferramos a él y le invocamos, dispuestos a obedecernos y servirle. Esta es la fe cristiana verdadera, leal y no fingida, y no está sólo en la boca y en la profesión externa, sino que se siente y se agita interiormente en el corazón. Y esta fe no carece de esperanza y confianza en Dios, ni de amor a Dios y al prójimo, ni de temor a Dios, ni de deseo de escuchar la palabra de Dios y de seguirla evitando la maldad y haciendo con gusto todas las buenas obras.

Esta fe (como la describe San Pablo) es la base segura y el fundamento de los beneficios que debemos esperar y confiar en recibir de Dios, un certificado y una búsqueda segura de ellos, aunque todavía no aparezcan sensiblemente ante nosotros. Y nada encomienda tanto a los hombres buenos ante Dios como esta fe y confianza seguras en Él (Hebreos 11.1, 6).

Tres cosas hay que notar de la fe. De esta fe, hay que notar especialmente tres cosas. Primero, que esta fe no se queda muerta en el corazón, sino que es fiel y fructífera para producir buenas obras. Segundo, que sin ella no se pueden hacer buenas obras que sean aceptables y agradables a DIOS. Tercero, qué clase de buenas obras son las que produce esta fe.

La fe está llena de buenas obras. En primer lugar, la luz no puede ocultarse, sino que se manifiesta en un lugar u otro: Así, una fe verdadera no puede mantenerse en secreto, sino que, cuando se presenta la ocasión, saldrá a la luz y se mostrará con buenas obras. Y así como el cuerpo viviente de un hombre ejercita siempre las cosas que pertenecen a un cuerpo natural y viviente, para alimentar y preservar el mismo, según tenga necesidad, oportunidad y ocasión, así el alma que tiene una fe viviente en ella, estará haciendo siempre alguna buena obra, que declarará que está viva, y no estará ociosa. Por lo tanto, cuando los hombres oyen en las Escrituras tan altos elogios de la fe, que hace todo para agrandar a Dios, para vivir con Dios, y para ser los hijos de Dios: es mera fantasía pensar que se les libera de hacer todas las buenas obras, y pueden vivir como desean, juegan con Dios y se engañan a sí mismos. Y es una señal manifiesta de que están lejos de tener la verdadera y genuina fe, y también lejos del conocimiento de lo que significa la verdadera fe. Porque la verdadera y genuina fe cristiana es, no solamente seguir todas las cosas de Dios, las cuales son contadas en las Sagradas Escrituras, sino también es una ferviente confianza en Dios, que él nos considera a nosotros, y que él es cuidadoso con nosotros, como el padre lo es con el niño que Él quiere, y que Él será misericordioso con nosotros por su único Hijo, y que tenemos a nuestro Salvador Cristo, nuestro perpetuo abogado y Sacerdote, en cuyos únicos méritos, obediencia y sufrimiento, confiamos que nuestras ofensas sean continuamente lavadas y purificadas, cuando (arrepintiéndonos de verdad) volvemos a Él, con todo nuestro corazón, decidiendo firmemente con nuestro ser, a través de su gracia, obedecerle y servirle en el cumplimiento de sus mandamientos, y nunca volver a pecar. Tal es la verdadera fe, que la Escritura tanto elogia, la cual cuando ve y considera lo que

DIOS ha hecho por nosotros, también se motiva a través de la asistencia continua del Espíritu de DIOS, para servirle y complacerle, para mantener su favor, para temer su desagrado, para continuar siendo sus hijos obedientes, mostrando agradecimiento de nuevo al observar o guardar sus mandamientos, y eso libremente, por verdadera voluntad principalmente, y no por temor al castigo, o por voluntad de recompensa temporal, considerando cuán claramente, sin deserciones hemos recibido su misericordia y perdón libremente.

Esta verdadera fe se mostrará por sí misma, y no puede ser ociosa por mucho tiempo: Porque como está escrito, el hombre justo vive por su fe (Habacuc 2.4). Nunca duerme ni está ocioso, quiere permanecer despierto y estar bien ocupado. Y Dios, por medio de su profeta Jeremías, dice que es un hombre feliz y bendito, que tiene fe y confianza en Dios (Jeremías 17.7-8). Porque es como un árbol que está a la orilla del agua, y extiende sus raíces hacia el agua, y no teme el calor cuando llega, su hoja estará verde, y no dejará de dar su fruto: así, los hombres fieles (dejando de lado todo temor a la adversidad) mostrarán el fruto de sus buenas obras, cuando se les ofrezca la oportunidad de hacerlo.

## SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LA FE.

Habéis oído en la primera parte de este Sermón, que hay dos clases de fe, una fe muerta e infructífera, y una fe verdadera que obra por la caridad. La primera es inútil; la segunda, necesaria para obtener nuestra salvación; esta fe tiene siempre asociada la caridad, y es fructífera, y produce todas las obras buenas. En cuanto al mismo asunto, oiréis lo que sigue. El sabio dice: "El que cree en Dios, escuchará sus órdenes" (Eclesiástico 32.24). Porque si no nos mostramos fieles en nuestra comunicación, la fe que pretendemos tener no es más que una fe falsa, ya que la verdadera fe cristiana se muestra manifiestamente con buenas palabras, y no sólo con vana palabrería, como dice San Agustín (Agustín, De Fide et Operibus 23, 42 (PL 40. 224), Libro de fide & operibus).

Y S. Crisóstomo dice (Pseudo-Crisóstomo, De Fide et Lege Naturae 1 [PG 48.1081], Sermo. de lege & fide.), La fe por sí misma está llena de buenas obras: tan pronto como un hombre sea creyente, será adornado con ellas. Cómo esta fe está llena de buenas obras, y cómo hace que la obra de un hombre sea más aceptable para DIOS que la de otro, lo enseña ampliamente S. Pablo en el capítulo XI de la epístola a los hebreos, diciendo que la fe hizo que la ofrenda de Abel fuera mejor que la de Caín. Esto hizo que Noé construyera el Arca. Esto hizo que Abraham abandonara su país y a todos sus amigos, y se fuera a un país lejano, para habitar entre extraños. Lo mismo hicieron Isaac e Jacob, dependiendo y sosteniéndose solamente de la ayuda y la confianza que tenían en DIOS. Y cuando llegaron al país que Dios les había prometido, no construyeron ciudades, ni pueblos, ni casas, sino que vivieron como extranjeros en tiendas de campaña, que cada día podrían ser desalojadas (Hebreos 11.4-38, Génesis 4.4-5, Génesis 6.22, Eclesiástico 44.17, Génesis 11.31, 12.1-5). Su confianza era tan grande en DIOS, que no se fijaron en ninguna cosa mundana, porque DIOS les había preparado mejores moradas en el cielo de su propio fundamento y edificio. Esta fe hizo que Abraham estuviera dispuesto, por orden de

Dios, a ofrecer a su propio hijo y heredero, Isaac, al que tanto amaba, y por el que se le había prometido que tendría innumerables descendientes, entre los cuales debería nacer uno, en el que todas las naciones serían bendecidas, confiando tanto en Dios, que aunque fuera asesinado, sin embargo, ese Dios era capaz, por su poder omnipotente, de librarlo de la muerte, y cumplir su promesa (Génesis 22. 1-18, 26.1-35, 1-18, 26.1-35, Eclesiástico 44.20). No desconfió de la promesa de Dios, aunque a su razón todo le parecía contrario. Creyó en verdad que Dios no lo abandonaría en la muerte y el hambre que había en el país. Y en todos los demás peligros a los que fue sometido, confió siempre en que Dios sería su Dios, y su protector y defensor, por más que viera lo contrario. Esta fe actuó de tal manera en el corazón de Moisés, que se negó a ser tomado por el rey Faraón, hijo de su hija, y a tener una gran herencia en Egipto, pensando que era mejor padecer con el pueblo de Dios sufriendo aflicciones y dolor, que vivir con los hombres malos, en el pecado, llevando una vida agradable por un tiempo (Éxodo 2.11). Por la fe, no le importó la amenaza del rey Faraón, porque su confianza estaba tan en Dios, que no se fijó en la felicidad de este mundo, sino que esperó la recompensa que vendría en el futuro, poniendo su corazón en el Dios invisible, como si lo hubiera visto siempre presente ante sus ojos. Por la fe, los hijos de Israel pasaron el mar rojo (Éxodo 14.22). Por la fe, las murallas de Jericó se derrumbaron sin golpe, y muchos otros milagros maravillosos se han realizado (Josué 6.20). En todos los hombres buenos que han existido hasta ahora, la fe ha producido sus buenas obras, y obtuvieron las promesas de DIOS. La fe ha detenido la boca de los leones (Daniel 6.16-23); la fe ha apagado la fuerza del fuego (Daniel 3. 13-28): la fe ha escapado a los filos de las espadas: la fe ha dado fuerza a los hombres débiles, victoria en la batalla, ha derrotado a los ejércitos de los infieles, ha devuelto la vida a los muertos: la fe ha hecho que los hombres buenos se adueñen de buena parte, algunos han sido burlados y azotados, atados y arrojados a la cárcel, algunos han perdido todos sus bienes, y han vivido en una gran pobreza, algunos han vagado por montañas, colinas y en el desierto, algunos han sido atormentados, algunos asesinados, algunos apedreados, algunos aserrados, algunos despedazados, algunos decapitados, algunos despojados sin misericordia, y no quisieron ser despojados, porque esperaban levantarse de nuevo a un estado mejor (Hebreos 11. 36-38).

Todos estos Padres, Mártires y otros hombres santos, (de los que San Pablo habló) tenían su fe seguramente fijada en DIOS, cuando todo el mundo estaba contra ellos. No sólo sabían que Dios era el Señor, el creador y el sustentador de todos los hombres del mundo, sino que también tenían una confianza especial en que era y sería su Dios, su consolador, su ayudante, su sostén y su defensor. Esta es la fe cristiana que estos santos hombres tenían, y que nosotros también deberíamos tener. Y aunque no se les llamaba hombres cristianos, sin embargo, era una fe cristiana la que tenían, porque esperaban todos los beneficios de DIOS el Padre, a través de los méritos de su Hijo Jesús Cristo, como lo hacemos nosotros ahora. La diferencia entre ellos y nosotros es que ellos esperaban que Cristo viniera, y nosotros estamos en el tiempo en que Él vino y está por regresar. Por lo tanto, de acuerdo con S. Agustín con respecto a la fe (Agustín, In Ioannis Evangelium Tract. 45 10, 9 [PL 35: 1722]), el tiempo se altera y cambia, pero no la fe. Porque ambos tenemos una sola fe en un solo Cristo. El mismo Espíritu Santo que nosotros

tenemos, lo tuvieron ellos, dice S. Pablo (2 Corintios 4.13). Porque así como el Espíritu Santo nos enseña a confiar en Dios y a invocarlo como nuestro Padre, así también les enseñó a decir, como está escrito: Tú, Señor, eres nuestro Padre y Redentor, y su Nombre no tiene principio y es eterno. Dios les dio entonces la gracia de ser sus hijos, como lo hace ahora con nosotros (Isaías 63.10-11). Pero ahora, por la venida de nuestro Salvador Cristo, hemos recibido más abundantemente el Espíritu de Dios en nuestros corazones, por lo que podemos concebir una mayor fe, y una confianza más segura que la que muchos de ellos tenían. Y San Pablo alaba tanto su fe, porque nosotros no debemos darnos menos, sino más, a Cristo, tanto en la profesión como en el culto, ahora que Cristo ha venido, sí, más que los antiguos padres antes de su venida. Y por toda la declaración de San Pablo, es evidente que la fe verdadera, fiel y cristiana, no es una cosa muerta, vana o infructuosa, sino una cosa de perfecta verticalidad, de maravillosa operación, virtud y fuerza, que trae consigo todos los buenos movimientos y las buenas obras.

Toda la Sagrada Escritura atestigua que la verdadera fe leal en Cristo produce buenas obras; por lo tanto, todo hombre debe examinarse y probarse a sí mismo con diligencia, para saber si tiene la misma fe leal en su corazón o no, lo cual conocerá por sus frutos. Muchos que profesaban la fe de Cristo, estaban en este error, que pensaban que conocían a DIOS, y creían en él, cuando en su vida declaraban lo contrario: Este error San Juan, en su primera epístola, lo refuta así: "Por lo tanto, estamos certificados de que conocemos a Dios, si observamos sus mandamientos. El que dice que conoce a Dios, y no observa sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él (1 Juan 2.3-4). Y además dice: El que peca, no ve a Dios, ni lo conoce; que nadie os engañe, hijos bienaventurados (1 Juan 3.6-7). Y además dice: En esto sabemos que somos de la verdad, y así persuadiremos nuestros corazones ante él (1 Juan 3.19-22).

Porque si nuestro propio corazón se equivoca, DIOS está al tanto de nuestros corazones y lo sabe todo. Por otra parte, si nuestros corazones no lo ven, tenemos confianza en Dios, y tendremos de Él todo lo que pidamos, porque cumplimos sus mandatos y hacemos lo que le agrada. Y además dice: Todo hombre que cree que Jesús es Cristo, es nacido de Dios, y sabemos que quien es nacido de Dios, no peca; pero el que es engendrado por Dios, se purifica, y el pecado no lo toca (1 Juan 5.1, 18). Y finalmente concluye, y muestra la causa por la que escribió esta epístola, diciendo: Por esta causa os he escrito, para que sepáis que tenéis vida eterna, que vivís en el Hijo de Dios (1 Juan 5.13). Y en su tercera Epístola confirma todo el asunto de la fe y las obras, en pocas palabras, diciendo: El que hace bien, es de Dios, y el que hace mal, no conoce a Dios (3 Juan 11). Y como dice San Juan, que así como el conocimiento verdadero y la fe de Dios producen buenas obras, así también dice de la esperanza y la caridad, que no pueden resistir la mentira. De la esperanza dice lo siguiente: Sabemos que cuando Dios aparezca, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es; y quien tiene esta esperanza en Él, se purifica como Dios es puro (1 Juan 3.2-3). Y de la caridad dice estas palabras: El que cumple la palabra y el mandamiento de Dios, en Él está verdaderamente la perfecta voluntad de Dios (1 Juan 2.5). Y otra vez dice: Esta es la voluntad de Dios, que guardemos sus mandamientos (1 Juan 5.3). Y S. Juan no escribió esto como

una frase sutil, inventada por su propia fantasía, sino como una verdad muy cierta y necesaria, enseñada por el mismo Cristo, la verdad eterna e infalible, que en muchos lugares afirma muy claramente que la fe, la esperanza y la caridad no pueden consistir o permanecer sin obras buenas y piadosas. De la fe, dice: El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; pero el que no cree en el Hijo, no verá esa vida, sino que la ira de Dios permanecerá sobre él. Y lo mismo confirma con otro texto enfático, diciendo: En verdad, en verdad os digo que el que cree en mí, tiene vida eterna (Juan 6.47).

Ahora bien, puesto que el que cree en Cristo tiene vida eterna, es necesario que el que tiene esta fe tenga también buenas obras y se esfuerce por cumplir los mandamientos de Dios obedientemente. Porque los que tienen obras malas y dejan su vida en la desobediencia y la transgresión o el incumplimiento de los mandamientos de Dios, sin arrepentirse, no pierden la vida eterna, sino que ganan la muerte eterna, como dice el propio Cristo: Los que hacen el bien, irán a la vida eterna, pero los que hacen el mal, irán al fuego eterno (Mateo 25.46). Y otra vez dice: Yo soy la primera letra y la última, el principio y el fin; al que tenga sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida; el que tenga la victoria, tendrá todas las cosas, y yo seré su DIOS, y él será mi hijo: Pero los temerosos, los que desconfían de Dios y los que no tienen fe, los malditos, los fornicarios, los hechiceros y todos los mentirosos, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apocalipsis 21. 6-8).

La caridad hace que se realicen buenas obras. Y así como Cristo afirma indudablemente que la verdadera fe produce buenas obras, también dice lo mismo de la caridad. El que tiene mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama. Y después dice: El que me quiere, cumplirá mi palabra, y el que no me quiere, no cumple mis palabras. Y así como el amor de Dios es probado por las buenas obras, también lo es el temor de Dios, como dice el sabio: El temor de Dios aleja el pecado. Y también dice: El que teme a Dios, hará (Juan 14:21-24; Eclesiástico 1:21; 15:1).

### TERCERA PARTE DEL SERMÓN SOBRE LA FE.

Habéis oído en la segunda parte de este Sermón, que nadie debe pensar que tiene esa fe leal que manda la Escritura, cuando no obedece las leyes de Dios, porque todas las obras buenas surgen de esa fe: Y también se os ha declarado con ejemplos, que la fe hace a los hombres firmes, tranquilos y pacientes en toda aflicción. Ahora bien, en cuanto al mismo asunto, oiréis lo que sigue. Un hombre puede engañarse a sí mismo, y pensar fantaseando que por la fe conoce a Dios, lo ama, le teme y le pertenece, cuando en realidad no hace nada menos. Porque la prueba de todas estas cosas es una vida muy piadosa y cristiana. El que siente que su corazón está orientado a exaltar el honor de Dios, y estudia para conocer la voluntad y los mandatos de Dios, y para ajustarse a ellos, y no conduce su vida según el deseo de su propia carne, para servir al diablo por medio del pecado, sino que se proponga servir a Dios por su propio bien, y por su bien también querer a todos sus prójimos, sean amigos o adversarios, haciendo el bien a cada uno (según la oportunidad) y sin perjudicar a nadie: tal hombre puede alegrarse en DIOS,

percibiendo por su estilo de vida, que él es genuino y tiene el conocimiento correcto de DIOS, una fe viva, una esperanza firme, un amor verdadero y sin fingimiento, y el temor de DIOS. Pero el que se quita el yugo de los mandamientos de Dios de su cuello, y se entrega a vivir sin verdadero arrepentimiento, según su propia mente y placer sensuales, sin conocer la palabra de Dios, y mucho menos vivir de acuerdo con ella, se engaña a sí mismo y no ve su propio corazón, si piensa que conoce a Dios, lo ama, lo teme o confía en él. Algunos se engañan a sí mismos, creyendo que son de Dios, aunque viven en el pecado, y así vienen a la Iglesia, y se muestran como hijos de Dios. Pero San Juan dice claramente: Si decimos que tenemos alguna comunión con Dios, y caminamos en la oscuridad, mentimos (1 Juan 1.6). Otros piensan vanamente que conocen y aman a Dios, aunque no guardan de los mandamientos. Pero San Juan dice claramente: El que dice que conoce a Dios, y no cumple sus mandamientos, es un mentiroso (1 Juan 2.4). Algunos se persuaden falsamente de que aman a Dios, cuando odian a sus vecinos. Pero San Juan dice claramente: Si alguien dice que ama a Dios, pero odia a su hermano, es un mentiroso (1 Juan 4.20). El que dice que está en la luz, y odia a su hermano, todavía está en la oscuridad. El que ama a su hermano, vive en la luz, pero el que odia a su hermano, está en las tinieblas, y camina en las tinieblas, y no sabe a dónde va: Porque las tinieblas han cegado sus ojos (1 Juan 2.9-11). Y además dice: En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios (1 Juan 3.10). Por lo tanto, no os engañéis a vosotros mismos, pensando que tenéis fe en Dios, o que queréis a Dios, o que confiáis en Él, o que le teméis, cuando vivís en el pecado: porque entonces vuestra vida viciosa y pecaminosa declara lo contrario, diga lo que diga o piense lo que piense. Pertenece al hombre cristiano tener esta verdadera fe cristiana, y juzgarse a sí mismo si la tiene o no, y saber lo que le pertenece, y cómo obra en él. No podemos confiar en el mundo, el mundo y todo lo que hay en él es una vanidad. Es DIOS quien debe ser nuestra defensa y protección contra toda tentación de maldad y pecado, errores, superstición, idolatría y toda la maldad. Si todo el mundo estuviera en contra de nosotros, y DIOS de nuestra parte, ¿Qué podría hacer el mundo contra nosotros? Por lo tanto, pongamos toda nuestra fe y confianza en DIOS, y ni el mundo, ni el diablo, ni todo el poder de ellos se opondrán a nosotros. Por lo tanto, probemos y examinemos nuestra fe, lo que es: no nos halaguemos a nosotros mismos, sino miremos nuestras obras, y así juzguemos nuestra fe. Cristo mismo habla de este asunto, y dice: El árbol se conoce por el fruto (Lucas 6.44, Mateo 12.33). Por lo tanto, hagamos buenas obras y declaremos así que nuestra fe es la fe cristiana verdadera. Por medio de las virtudes que deben surgir de la fe, demostremos que nuestra elección es segura y estable, como enseña San Pedro: Procura que tu vocación y elección sean seguras por medio de las buenas obras. Y también dice: vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor (2 Pedro 1.5-7): así demostraremos con hechos que tenemos la verdadera fe cristiana, y podremos certificar mejor nuestra conciencia de que estamos en la buena fe, y también por estos medios confirmar a otros hombres. Si estos frutos no se producen, no hacemos más que burlarnos de

Dios, engañarnos a nosotros mismos y también a otros hombres. Bien podemos llevar el nombre de hombres cristianos, pero carecemos de la verdadera fe que le corresponde, porque la verdadera fe siempre trae consigo buenas obras, como dice Santiago: Muéstrame tu fe por tus obras (Santiago 2.18). Tus hechos y obras deben ser un testimonio abierto de tu fe; de lo contrario, tu fe (sin buenas obras) no es más que la fe de los demonios, la fe de los malvados, una fantasía de fe, y no una verdadera fe cristiana. Y al igual que los diablos y las personas impías no son mejores por su fe falsa, sino que es para ellos una causa de mayor condenación: así, los que son cristianos y han recibido el conocimiento de Dios y de los méritos de Cristo, y, sin embargo, de un propósito determinado, viven ociosamente, sin buenas obras, pensando que el nombre de un dios desnudo es suficiente para ellos, o bien poniendo sus mentes en los placeres de este mundo, viven en el pecado sin arrepentirse, sin considerar los frutos que pertenecen a tan alta profesión, por lo que estas personas presuntuosas y pecadoras voluntarias, deben sufrir la gran venganza de Dios, y el castigo eterno en el infierno, preparado para los viciosos y malvados. Por lo tanto, si profesáis el nombre de Cristo (buen pueblo cristiano), no dejéis que tales fantasías e imaginaciones de fe os engañen en ningún momento, sino que estad seguros de vuestra fe, probadla con vuestra vida, mirad los frutos que se derivan de ella, comprobad el aumento de la fe y la caridad hacia DIOS y vuestro prójimo, y así percibiréis que es una fe genuina en verdad. Si sientes y percibes tal fe en ti, confía en ella: y sé diligente en mantenerla, y mantenla todavía en ti, deja que aumente cada día, y más y más por medio de un buen trabajo, y así estarás seguro de que complacerás a DIOS por esta fe, y al final (como otros hombres fieles han hecho antes) así vendrás a Él (cuando sea su voluntad), y recibirás el fin y la recompensa final de tu fe (como San Pedro lo denomina) la salvación de vuestras almas (1 Pedro 1.9): que DIOS os conceda, lo mismo que ha prometido a sus fieles, a quien sea todo el honor y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.